

UNIVERSIDAD OCUPADA Y ULTRAIZQUIERDISMO (REFLEXIONES EN TORNO A LA EXPERIENCIA DE EL SALVADOR)

A lo largo de los años sesenta hacen crisis juicios y valores tradicionalmente aceptados respecto a la juventud y las Universidades. En los países capitalistas desarrollados emergen con vigoroso ímpetu movimientos estudiantiles que cuestionan las estructuras de la sociedad y del Estado y las instituciones de educación superior. Berkeley, Washington, Berlín, París, Roma, Tokio, se convierten en escenarios de ruidosas y violentas protestas, tanto contra la sociedad establecida, la guerra de Vietnam, la discriminación, el uso de napalm o la fabricación de armas nucleares como contra estructuras y filosofías universitarias obsoletas que ya no responden, ni en la forma ni en el contenido, a las aspiraciones de una juventud decidida a abandonar las graderías y a asumir el papel de protagonista principal.

Las explicaciones teóricas de estos y otros fenómenos atingentes a la inconformidad y rebelión de la juventud han abundado. Se ha dicho que en el conflicto generacional está la causa suprema del problema. Se ha recurrido, una vez más, a la quiebra de los valores morales o religiosos como factor central de la cuestión. Los enfoques fragmentarios o epidérmicos del fenómeno de la rebelión estudiantil han proliferado. Con acierto, creo, se ha dicho que se trata de un aspecto de la crisis de la civilización occidental y, más concretamente, del capitalismo. Se ha puntualizado que el fenómeno que hace referencia a la crisis de la Universidad burguesa clásica es expresión específica de los recondicionamientos del capitalismo actual, que impone exigencias tecnocráticas, en estrecha vinculación con problemas de oferta y demanda de un trabajo intelectual en franco proceso de proletarianización, y dentro del contexto de la población estudiantil de masas.

En todo caso, el trasfondo de los movimientos estudiantiles no entra en el objeto de este trabajo. Pero sí me interesa retener que en los años sesenta, sucesos y acontecimientos de gran relevancia operan como catalizadores de las múltiples contradicciones acumuladas en las sociedades desarrolladas y que golpean a los sectores juveniles con particular fuerza. El sorprendente desafío de Cuba al soberbio imperio de nuestra época. El fracaso de la máxima potencia de la historia en una guerra que ha descorrido hasta el último velo del caudal de antihumanismo consustancial a un capitalismo esquizofrénico. El redescubrimiento de una humanidad superpolarizada en que, la concentración de riqueza y poder en un extremo, corresponde a la miseria y opresión en el otro, ubicado este eje dialéctico —o que acentúa su irracionalidad— en el centro de un desarrollo científico y tecnológico sin precedentes. La paradójica persistencia y acrecentamiento del hambre en el planeta que habitamos y la escalada en los espacios siderales. . . Es obvio que nuestro mundo provoca un verdadero *shock* en las conciencias y las mentes de los jóvenes. Unos encuentran en la efigie del Che Guevara o Ho Chi Minh el símbolo de su rebeldía, otros buscarán la huida, la búsqueda de nirvanas, la expresión de su rechazo; en

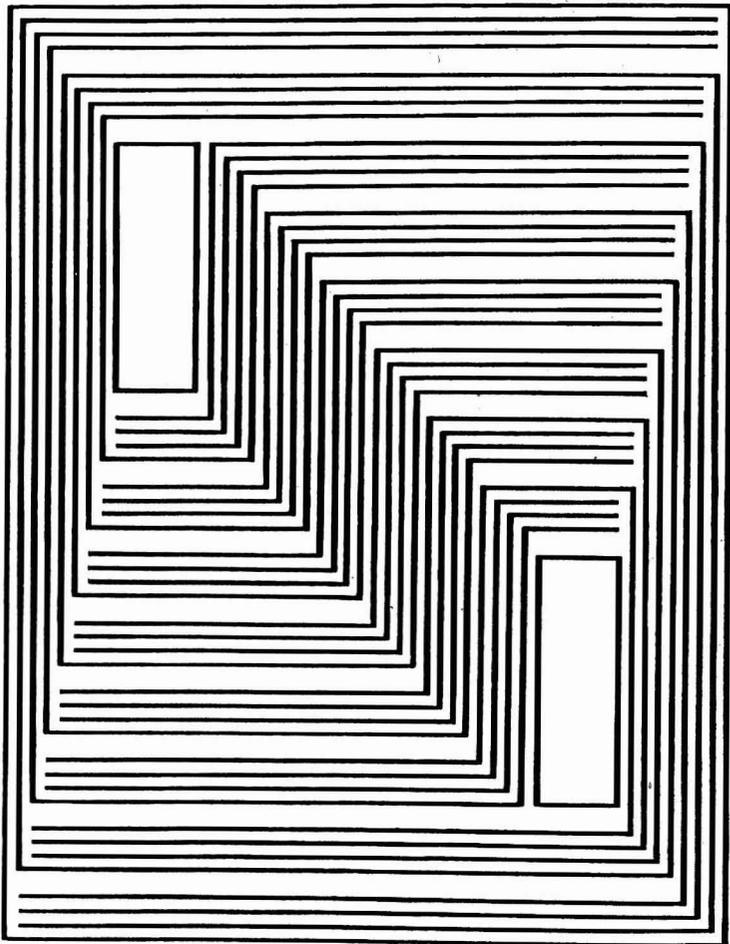
fin, las formas de canalización son muchas pero el fenómeno es el mismo.

Pues bien, la tradición de las universidades latinoamericanas, como se sabe, es distinta de la europea y norteamericana. El movimiento reformista de la de Córdoba, con su repercusión académica y políticosocial, invadió los claustros y las calles, adaptándose a las peculiaridades nacionales. Este hecho (la participación política del estudiante, de la misma Universidad como institución) en Norteamérica y Europa ha llevado a calificar, con evidente *desdén*, de "latinoamericanización" de la Universidad a los procesos similares que se han realizado en aquellas latitudes.

En aquellos países (o en aquellos periodos) en que los métodos antidemocráticos de bloqueo o los sectores populares en el funcionamiento del Estado caracterizan la vida pública, cobra relieve la actividad propiamente política de los estudiantes y de la Universidad. En determinadas coyunturas el fenómeno se destaca. A mayor carencia de juego político, de libre funcionamiento de partidos y formas de expresión ciudadana, mayor participación de los movimientos estudiantiles y de las instituciones universitarias. No estoy aceptando ni reprobando el hecho, me limito a asentarlo como algo común en los países latinoamericanos. Por supuesto, las particularidades históricas de los procesos nacionales le imponen su sello a las cuestiones tratadas.

La Universidad latinoamericana, no obstante que, como dice Rodney Arismendi, funciona como un "rodaje" del aparato estatal, es penetrada por las luchas de clases, por las luchas políticas e ideológicas. Tales conflictos adoptan formas de expresión muy complejas pero también muy peculiares. Y es por su *especialísima* índole, por tratarse de una institución específicamente diferenciada en el complejo estatal e institucional, que se constituye en situaciones coyunturales en una de las principales fuentes de confrontación crítica ante los centros de poder político y económico, y en punto de apoyo generador de acciones *expansivas* tendientes a transformar el régimen social. Estas afirmaciones ameritan la previa comprensión del carácter dialéctico de la problemática universitaria concreta y de su contexto social. Claro está que es aplicable a la Universidad burguesa en general, incluyendo la de los países capitalistas desarrollados. Y es en lo expuesto donde se encuentra, parcialmente si se quiere, la explicación del papel "develador y detonador" de los movimientos estudiantiles.

Retomando el hilo, la línea tradicional de las Universidades y los movimientos estudiantiles en América Latina, fue cruzada en los años sesenta por: a) los procesos que conmovieron a las Universidades en Estados Unidos y Europa; b) las ideologías que informaron los movimientos estudiantiles en Berkeley, Berlín, París y otras urbes, y c) la profundización y radicalización de las luchas



Pinturas de Josef Albers

sociales latinoamericanas a partir de la toma revolucionaria del poder en Cuba.

La radicalización de las estrategias políticas, que principia después de 1960, repercute, decisivamente, con expresiones positivas y negativas, en el pensamiento y acción de vastos sectores universitarios. Los movimientos estudiantiles se radicalizan. La Universidad, en cierto sentido, se radicaliza. La radicalización responde en cada país a lo específico de su historia y realidad. Pero es innegable que el surgimiento de movimientos guerrilleros en Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú o Uruguay, que los grandes debates que la situación determina respecto a líneas estratégicas de lucha (OLAS, Tricontinental, foquismo, maoísmo, etc.) y que su expresión en los niveles nacionales y el divisionismo y pugnas ideológicas resultante, y el eclipse de las izquierdas tradicionales, etcétera, son fenómenos y procesos que encuentran vías de expresión en las Universidades, en los debates programáticos de los movimientos estudiantiles, en las críticas de planes y estructuras académicas, en los sistemas de valores de los jóvenes, en la práctica política y académica de los estudiantes.

De igual manera, es vigorosa la incidencia de las novedades ideológicas que motivaron o surgieron de las luchas estudiantiles de Estados Unidos, Alemania, Italia, Francia, etcétera. Las tesis marcusianas, las generadas por la praxis estudiantil en Berkeley, Berlín o París, muy rápidamente y con una enorme carga emocional bombardean las conciencias y las mentes estudiantiles latinoamericanas.

Pero creo que a la asimilación de los esquemas ideológicos —de movimientos estudiantiles operantes en países desarrollados— en grupos estudiantiles de una debilidad teórica extrema, con los salvadoreños, contribuyó cierto “complejo de colonizado”, determinante de la aceptación del producto cultural metropolitano sin previa y rigurosa crítica. Es más que un síntoma la rapidez con que amplios sectores estudiantiles latinoamericanos acogieron las tesis de Marcuse o los planteamientos de Cohn Bendit o Sartre o las prácticas de los movimientos en Europa y Norteamérica. No estoy emitiendo juicio sobre los mismos, lo que en todo caso ameritaría análisis concretos. Pero, además, es obvio que la deficiente armazón teórica convierte a los movimientos estudiantiles, a los estudiantes, en fácil presa de agentes y enemigos de la Universidad.

Dentro del marco expuesto cabe insertar, por último, el redoblamiento de los esfuerzos imperialistas contrarios a la liberación y desarrollo autónomo de las naciones latinoamericanas. El retiro norteamericano consecuente al fracaso en Indochina agrava seriamente la situación dependiente de América Latina entera. Las “lecciones” cubana y vietnamita han sido bien asimiladas por el Estado norteamericano y los monopolios. Hace buen tiempo que está en marcha una política global de contrainsurgencia preventiva

que se vale de todos los medios. Tales planes afectan la esfera de la cultura y la educación, y tocan, por ende, la vida y función de las Universidades y los movimientos estudiantiles. Por su parte, las empresas transnacionales, el neocapitalismo, están empeñados en acomodar las instituciones de educación superior a sus particulares intereses.

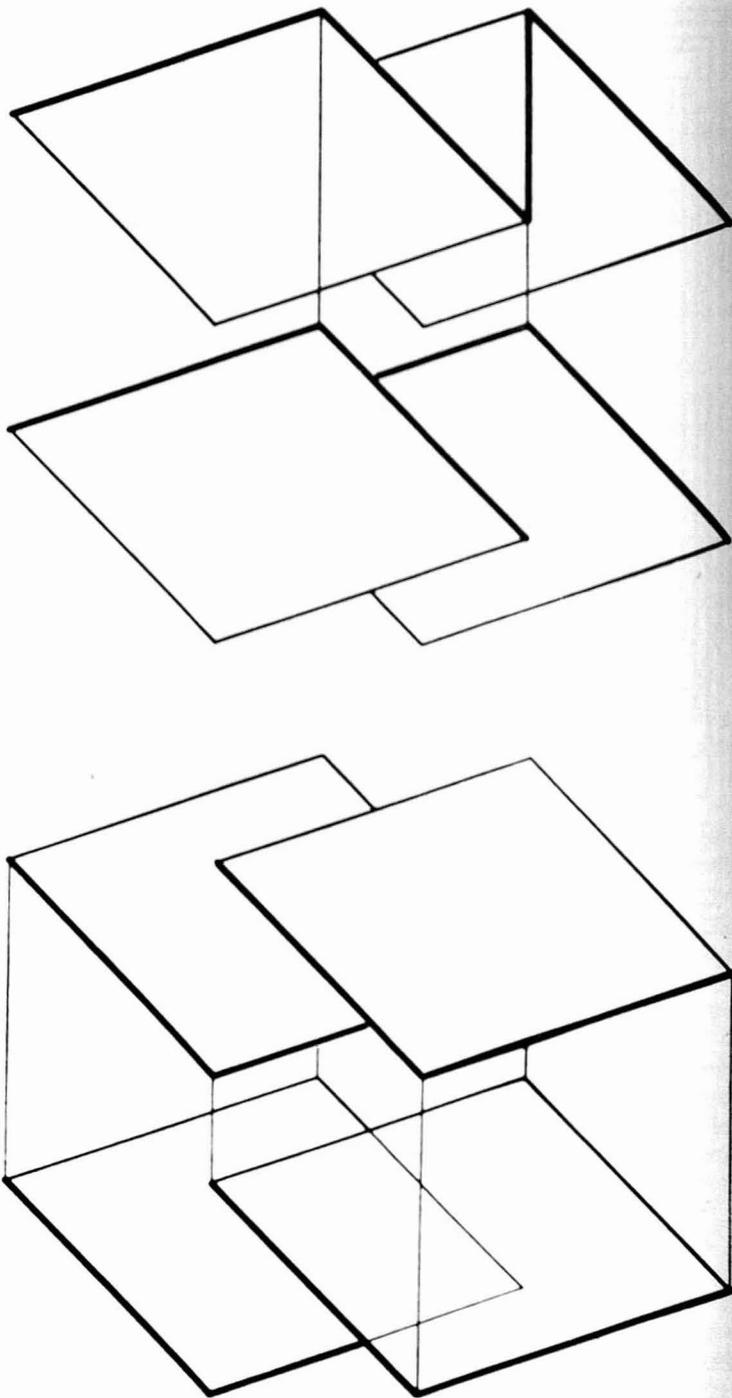
Por otra parte, la radicalización política y universitaria a que antes me referí, tuvo su contrapartida: el endurecimiento de las estructuras de poder. En combinación (o simple ejecución) con los proyectos contrainsurgentes preventivos norteamericanos se realizan golpes de estado y adoptan métodos de terror. En todo caso, la represión se sistematiza y extiende. Tal es la respuesta al auge combativo posterior al triunfo de la Revolución en Cuba.

En esta madeja de factores y circunstancias, en el vértice de esta convulsa situación, —expresión fiel de la crisis del capitalismo dependiente de América Latina—, la Universidad cumple su misión pisando terreno inseguro. La Universidad latinoamericana se ha visto obligada a realizar sus tareas corriendo un riesgo de nuevo signo: el riesgo de la intervención de la fuerza pública, la provocación constante, la ocupación militar, la pérdida de su autonomía. Un riesgo que ofrece gradaciones en su perturbación de la realización autónoma de sus funciones; un riesgo que va desde el conflicto incidental hasta la ocupación violenta, desde las presiones y provocación constantes hasta la ingerencia total y la cancelación de la autonomía, desde el estrangulamiento económico y el estorbo a los planes académicos hasta la invasión con tanques y tropas armadas. Las relaciones entre la Universidad y el Estado, evidentemente, son hoy muy difíciles y precarias como nunca antes.

Me he referido con reiteración a factores y circunstancias de índole política, porque creo que en el trasfondo de los grandes problemas que afectan la vida de nuestras Universidades existe un substrato político.

No debe interpretarse lo expuesto como una minusvaluación de problemas como la explosión poblacional estudiantil, escasez de calificado personal docente y de investigación, ausencia de integración entre la educación media y la superior, políticas inadecuadas o carencia de ellas, desfase de la actividad universitaria y los requerimientos reales de la sociedad nacional, estructuras administrativas deficientes, formas de gobierno obsoletas, estrechez financiera y muchos más. De una parte, en alguna forma la solución de los problemas mencionados toca con la cuestión política que estoy abordando, y de otra, la índole de este trabajo impone la estimación prioritaria de la problemática políticosocial en que está inmersa la Universidad latinoamericana.

El riesgo a que se ha aludido ha dejado de serlo más a menudo de lo deseable. En los últimos años las noticias negativas no han



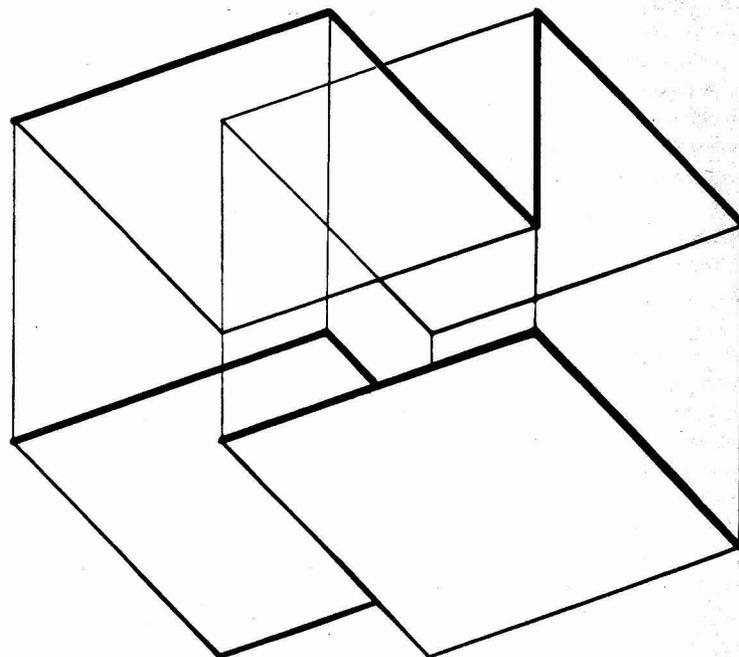
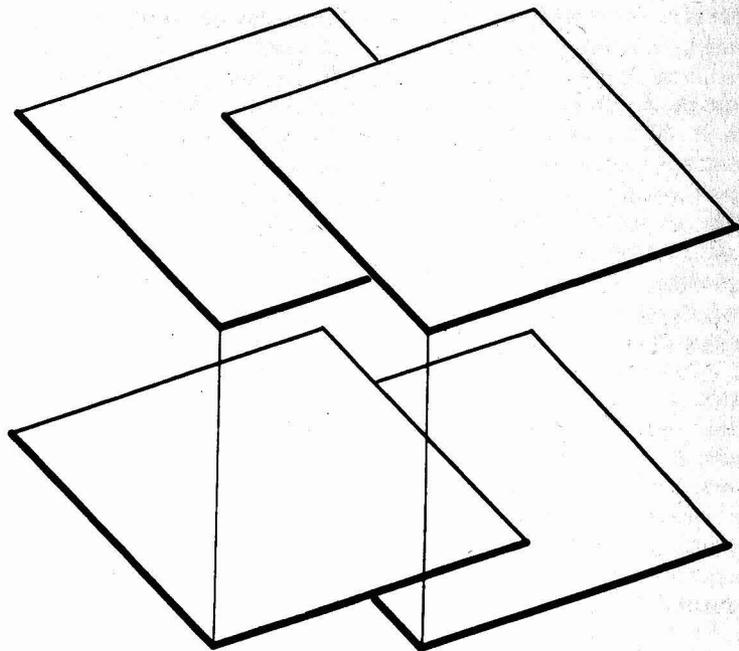
cesado. Allanamiento en la Universidad de Guatemala; veinte Universidades colombianas ocupadas por el ejército; la Universidad de Zulia cercada por la policía; ocupación militar de las Universidades en Brasil; la Universidad Central de Colombia bajo control militar; las fuerzas armadas ocupan la Universidad de Panamá; allanamiento de la Universidad de Santo Domingo; graves conflictos en Universidades mexicanas; control policiaco en Universidades de Argentina. . . La lista de hechos análogos no termina. Estimo que se trata de un fenómeno que afecta las relaciones entre la Universidad y el Estado que, aunque tiene antecedentes históricos en los regímenes dictatoriales de la primera mitad del siglo, por los factores en juego, por los matices del contexto y, sobre todo, por la crisis de las estructuras sociales que le sirve de trasfondo, tiene nuevas, complejas y graves características. La interrogante se impone: *¿estará destinada la Universidad latinoamericana, en el mejor de los casos a cumplir su alto cometido al borde de la ocupación militar y la pérdida de su autonomía?* Tal parece ser la dolorosa realidad. Esto encierra gravísimas cuestiones para la vida universitaria, la educación de enormes masas de jóvenes y el destino de nuestros pueblos; obliga a reflexiones que atañen a la responsabilidad de los universitarios, estudiantes, profesores, autoridades y trabajadores.

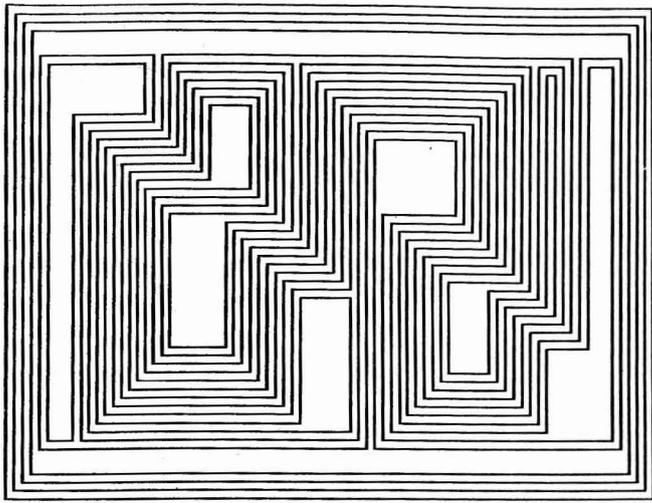
Dentro de este sombrío cuadro, apenas esbozado, me referiré a ciertas variables que incidieron en la ocupación y *real cancelación* de la autonomía en una Universidad centroamericana: la Universidad de El Salvador.

Me siento obligado a manifestar que el contenido de este trabajo lleva implícitas crítica y autocrítica: me cabe, de igual manera que a muchos universitarios, responsabilidad en lo sucedido. Por otra parte, no pretendo abarcar la verdad de todo lo ocurrido. Mis opiniones son un acercamiento preliminar, crítico y autocrítico, a todo el proceso que condujo a la clausura de la Institución.

El 10. de julio de 1972 asume la Presidencia de la República un nuevo mandatario, también militar. El nuevo gobernante decide resolver de una vez dos problemas: liquidar el "foco de subversión", o sea, la Universidad, y consolidar su endeble posición política debido a la forma en que llegó a la Presidencia (que provocó un generalizado descontento tanto en la ciudadanía como en las propias filas de la oficialidad).

El 19 de julio tropas del ejército, la guardia nacional, la policía de hacienda y la policía nacional, ocupan la Ciudad Universitaria y los recintos universitarios regionales en otras ciudades. Para la ocupación se hace uso de tanques y se desenvuelve un aparato despliegue de fuerza aérea. Inmediatamente se realizan capturas en masa de profesores, estudiantes y autoridades. El Rector, doctor Rafael Menjívar, otras autoridades, profesores y estudiantes fueron





detenidos, encarcelados y expatriados, permaneciendo en el extranjero actualmente en condición de asilados políticos.

Desde la crisis de los años treinta, los gobiernos militares se suceden en El Salvador. Desde hace décadas es el ejército el pivote de la dominación política y el funcionamiento del Estado. No obstante, no se había llegado a agredir y vulnerar totalmente la vida autónoma de la Institución, lo que no obedecía precisamente a los deseos de los cerrados grupos oligárquicos subordinados al capital extranjero y de los militares de derecha extrema. Todo lo contrario, era un antiguo anhelo el control oficial de la Universidad, la anulación de su autonomía. ¿Por qué antes no se realizaron tales propósitos? Esbozemos una síntesis de los hechos.

A fines de 1969 y principios de 1970 se desarrolla una huelga estudiantil motivada por la inconformidad con la evaluación practicada en una asignatura que afectaba, por cierto, a un grupo reducido de alumnos. La huelga se localiza en las llamadas Areas Comunes, sistema que engloba en un primer ciclo a todo estudiante recién ingresado en la Universidad. Seguramente se habían acumulado problemas, pues rápido la huelga se extiende a todo el sistema y repercute en otras unidades universitarias. Pero también ya habían hecho su aparición otros ingredientes.

En los primeros años de la década del sesenta, la juventud estudiantil estaba políticamente orientada, en su mayoría, por la organización de la izquierda tradicional. En los últimos años de la década comienzan a expresarse las grandes divisiones motivadas por cuestiones de estrategia de lucha continental y en el movimiento estudiantil aparecen las primeras disidencias.

Con ocasión de un foro de índole académica se plantea la primera tesis ultraizquierdista foránea. *La lucha de clases en la Universidad se expresa en la forma de lucha de estudiantes contra autoridades.* No deja de entrañar que en nombre de posiciones revolucionarias marxistas se exponga tan mecánica y simplista manera de analizar el, por cierto, sumamente complejo problema de las luchas clasistas en la Universidad. Tal tesis, como lo demostró la práctica, fue acogida en medios estudiantiles. La huelga pronto asumió un carácter frontal contra las autoridades y el grueso del personal docente del sistema mencionado. Y rápidamente creó sin necesidad lógica, se extendió a la Rectoría, la que con un mero pretexto, un motivo baladí, fue ocupada por los huelgistas.

Apenas comenzada la huelga aparece en escena más de un profesor extranjero recién contratado por la Universidad. Ahora no me cabe ninguna duda sobre la misión que, al servicio de conocidas agencias extranjeras, contrarias a la liberación del país, cumplían tales docentes (sociólogos, por cierto).

Tampoco me cabe duda de que estudiantes colocados en posiciones estratégicas de dirección trabajaban, en condición de asalariados, al servicio de grupos gubernamentales y organismos policíacos.

Un profesor extranjero se acerca a los dirigentes y bases estudiantiles y les dice: el movimiento estudiantil está en malas condiciones debido al carácter de sus organizaciones que son *tradicionales* y hacen trabajo *tradicional*. Las organizaciones estudiantiles, las organizaciones de izquierda, son como *camisas de fuerza*: *destruyan sus organizaciones o sálganse de ellas y vayan a trabajar como fermento en la masa.*

Llama la atención a que otorgo todo su valor histórico a los movimientos espontáneos. La iniciativa de las masas, muy frecuente en la historia, se ha abierto paso a través de acciones *espontáneas*. Pero de esto a pedir la liquidación de las organizaciones, hay diferencias que obligan, cuando menos, a la sospecha.

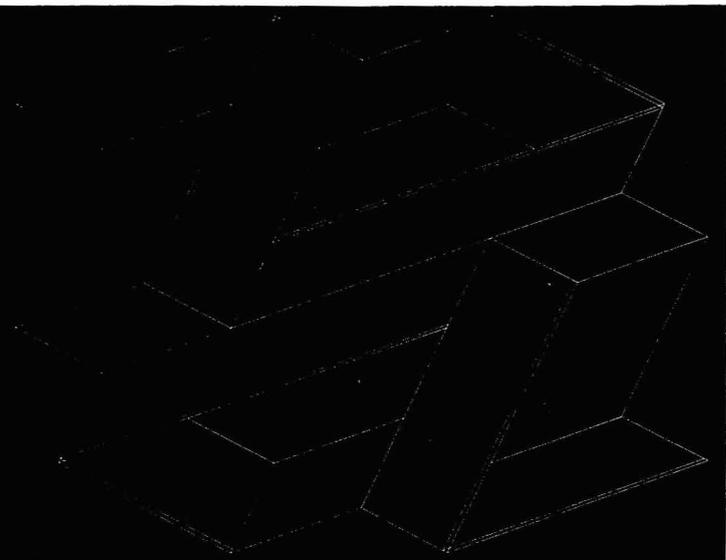
En efecto, muchas organizaciones estudiantiles, particularmente la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS), que tiene una meritoria tradición de lucha, *entran en crisis*. Algunas desaparecen prácticamente como órganos de *autoridad estudiantil*.

Consecuentemente con esa idea (nueva para ese medio) *de que es la masa la que debe resolver todo, hasta las cuestiones de detalle*, se debilitan o disuelven las estructuras de *dirección*. Apareció un mecanismo que utiliza un doble procedimiento: *a) el asambleísmo*, o sea, las permanentes reuniones de masa *estudiantil* para analizar y resolver todo, para enjuiciar a un profesor y *decidir* si se queda o se va, para acordar si una asignatura se *suprime* o *modifica*, etcétera, y *b) la dirección colegiada en forma masiva*. El número de los elementos representantes que compondrían el *nuevo* aparato de *dirección* era tan alto que no pudo funcionar. *Se logró* así, por el momento, la destrucción de los organismos de *dirección*, la liquidación del tipo de organización estudiantil *basado en el centralismo representativo* y en la *responsabilidad* de los *dirigentes*.

Así principia un proceso de anarquía creciente que *invadirá* después toda la Universidad. El caos es positivo, dirá más adelante un dirigente de la Facultad de Derecho.

Aparece después otra novedosa tesis ultraizquierdista, que se expone así: *La Universidad es parte importante del sistema; si se destruye la Universidad se destruye parte del sistema y, en consecuencia, nada pierde el proceso revolucionario.*

Se razona, con buena dosis de verdad, que la Universidad es la institución burguesa destinada a producir los cuadros de la *clase* dominante, los profesionales y técnicos que le servirán a *aquella*, ya en la esfera de la producción, ya en los engranajes del *aparato* estatal, ya en la órbita de lo ideológico. Manejado el razonamiento en forma mecánica, dejando de lado todo el cúmulo de *aspectos* implícitos, todas las proyecciones de la Universidad, olvidando (o ignorando) la propia historia nacional, se concluye que *si la Institución es destruida, oficializada, nada pierde la supuesta revolución.*



Sólo el propósito avieso aunado a la ignorancia pueden lograr que tales engendros ideológicos encuentren eco en más de un joven estudiante. Pero aunque parezca imposible, así sucedió en mi país. Más de un dirigente estudiantil trabajó con esquemas como el apuntado.

Es cierto que ordinariamente los graduados se "integran al sistema", pero de la realidad de tal proceso no se pueden extraer las conclusiones antes mencionadas, pues la cuestión es más rica de contenido y más compleja. De tan simple manera de razonar se desprende, como fruto maduro, que lo que más conviene es la destrucción de la Universidad autónoma. Y a eso se llega. *La ocupación de la Universidad, si ocurre, funcionará como detonador en la calle, en el movimiento revolucionario del pueblo.*

¿A servir qué intereses estaban destinadas tales tesis?

¿Qué grupos y poderes salieron beneficiados, a la postre, con el manejo de tales enunciados subideológicos?

Los hechos se han encargado de responder contundentemente.

No se benefició la revolución.

Deseo dejar bien caracterizado el movimiento estudiantil salvadoreño en el periodo a que me estoy refiriendo, para evitar ambigüedades.

"El movimiento estudiantil espontáneo ha desempeñado un papel de develador y detonador de un profundo malestar social", dice Mandel, refiriéndose a las acciones estudiantiles que condujeron a los trascendentales sucesos de mayo de 1968, en París.

Y en relación con el movimiento estudiantil de 1968, en México, Flores Olea sostiene que no se convirtió "en *detonador* de una crisis política y social de envergadura, como sucedió en Francia unos meses antes", sino que "las acciones estudiantiles *provocaron* que el Estado clasista apareciera bajo su verdadera luz como fuerza represiva y como aparato de dominio".

Me interesa subrayar que:

a) el movimiento estudiantil salvadoreño, en el periodo previo a la ocupación de la Universidad, había abandonado totalmente la calle, se mantuvo enclaustrado dentro de los recintos de la Ciudad Universitaria;

b) estando ausentes del movimiento estudiantil demandas o planteamientos frente al Estado (o acciones de apoyo solidario) de luchas gremiales o de cualquier otra índole de sectores del pueblo, mal podría haberse buscado la alianza de los estudiantes y los hombres de la clase obrera y de los grupos medios, tal como ocurrió en París en 1968;

c) que el carácter represivo y de dominación oligárquica del Estado salvadoreño se muestra descubierto, con prístina nitidez, sin velos mistificadores, desde hace casi medio siglo;

ch) que en las coyunturas de París y México, en 1968, jamás se pensó que fuese el hecho de la ocupación militar de la Universidad

el que jugase el papel develador y detonador. Se trataba de una consecuencia propia de la lógica del movimiento estudiantil mismo, en su dinámica expansiva y envolvente de sectores populares, que paulatinamente se involucraron en la confrontación con el Estado;

d) que en las circunstancias del movimiento estudiantil salvadoreño, que he referido, era un contrasentido total la simple mención de la palabra *detonación*.

Esto resalta el carácter provocador y reaccionario de las tesis ultraizquierdistas que se manejaron, explícita o implícitamente, en el proceso que llevó a la descomposición de la Universidad salvadoreña.

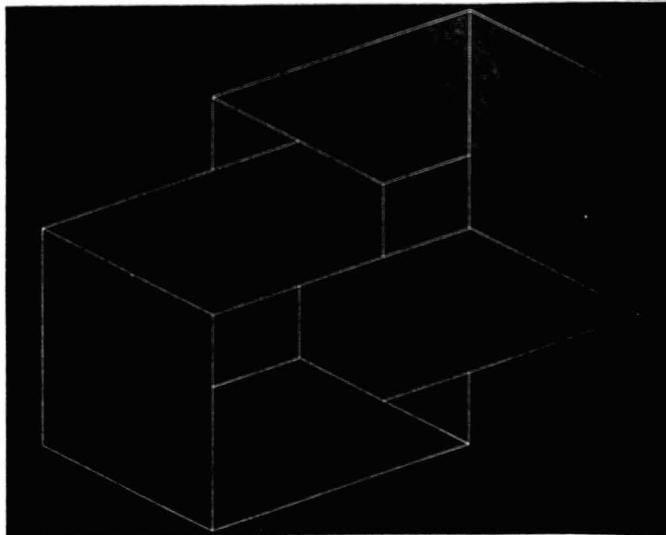
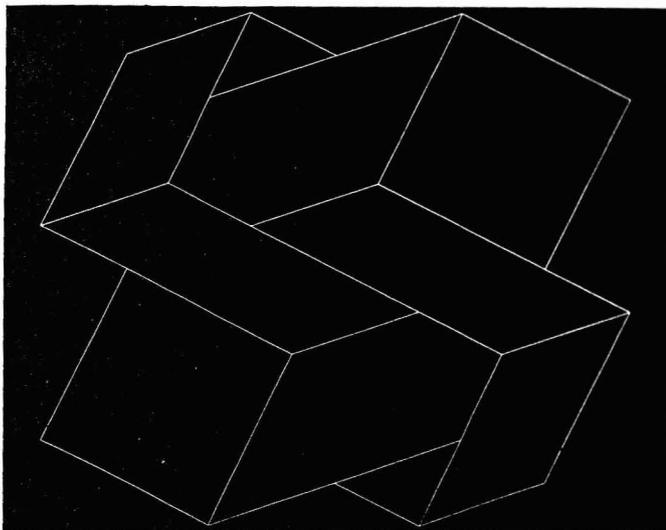
En su desarrollo inicial, la huelga repercutió sobre la Facultad de Derecho, desencadenando un movimiento huelguístico que concluyó con la instalación del *Gobierno de Autogestión Estudiantil*. Los efectos prácticos de la "autogestión estudiantil" fueron la destitución de las autoridades, la toma de la dirección de la Facultad por un comité de estudiantes, la renuncia casi obligada de la casi totalidad de los profesores, aunado todo a una radicalización sectaria del trabajo académico. El balance de la Autogestión Estudiantil, (con la Universidad salvadoreña desaparecida) me parece que arroja un saldo negativo, y que el sectarismo radical que la caracterizó contribuyó a la anarquía de la Institución en general.

Dentro de este proceso de descomposición interna prevaleció, también, el verbalismo y el activismo. El guerrillerismo verbal —que no en los hechos—, y un activismo ramplón, conmovieron persistentemente toda estructura y actividad comprendida dentro

de los linderos de la ciudad universitaria. El verbalismo radical y el activismo jamás lograron saltar las bardas de los planteles universitarios. Repito, la calle, extrañamente, había sido abandonada totalmente por el movimiento estudiantil.

Parece que todo obedecía a un plan elaborado desde afuera. Los universitarios se comportaban tal como los enemigos de la Universidad lo deseaban. Los hilos de la conjura se movían eficazmente.

La gota que colmó el vaso del proceso de descomposición fue un nuevo conflicto surgido entre las Autoridades Centrales de la Universidad, apoyadas por la vanguardia minoritaria y ultraizquierdista y buena parte de los profesores, contra las autoridades de la Facultad de Medicina. El conflicto se polarizó rápidamente en tal forma que se convirtió en confrontación entre el Consejo Superior Universitario (órgano máximo de gobierno de la Institución, compuesto en forma tripartita e igualitaria por representantes de los estudiantes, los profesores y las autoridades) y la Facultad de Medicina. Las causas del problema hacían referencia a cuestiones de "cupos estudiantil". El Consejo Superior Universitario aprobó la llamada "política de puertas abiertas", o sea, el ingreso automático de todo estudiante egresado del ciclo medio de la enseñanza. Conviene señalar que el grupo minoritario estudiantil, mediante típicos mecanismos de presión e imposición, logró que tal "política de puertas abiertas" fuese aprobada por el máximo órgano de gobierno de la Universidad. El Consejo Superior Universitario cedió a las presiones estudiantiles, más por una impotencia para resistir que por convicción. En algunos casos el oportunismo le hizo juego a las presiones y posiciones extremas de los estudiantes.



La Facultad de Medicina, enraizada por motivos obvios con uno de los gremios más conservadores del país, el de los médicos, se decidió a librar la batalla frontal, donde entró en juego la propia vida de la Universidad. Legalmente, la batalla la perdieron los dirigentes y elementos de la Facultad de Medicina, pero ya la conjura, en complicidad con el gobierno, para clausurar la Universidad, estaba en marcha. Posiblemente hubo alguna dosis de sectarismo de parte de la propia Rectoría, que le hizo el juego a los enemigos de la Universidad.

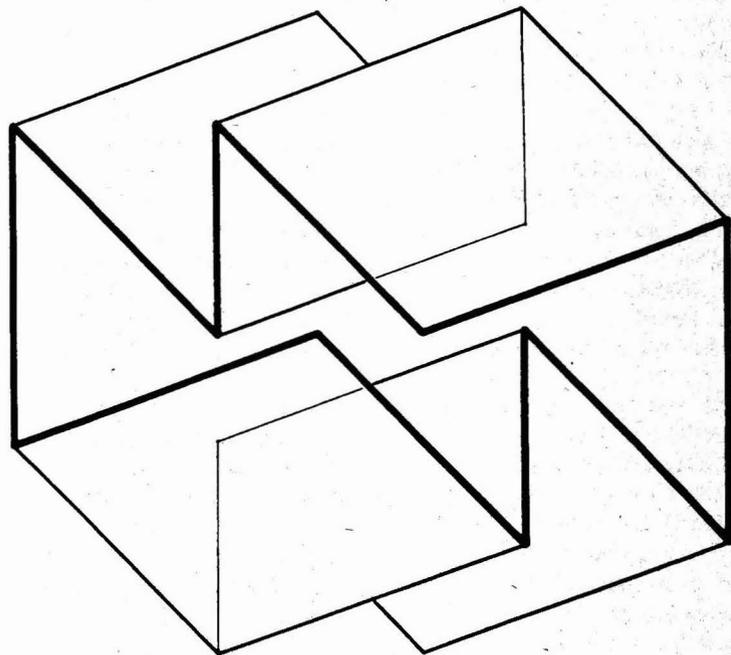
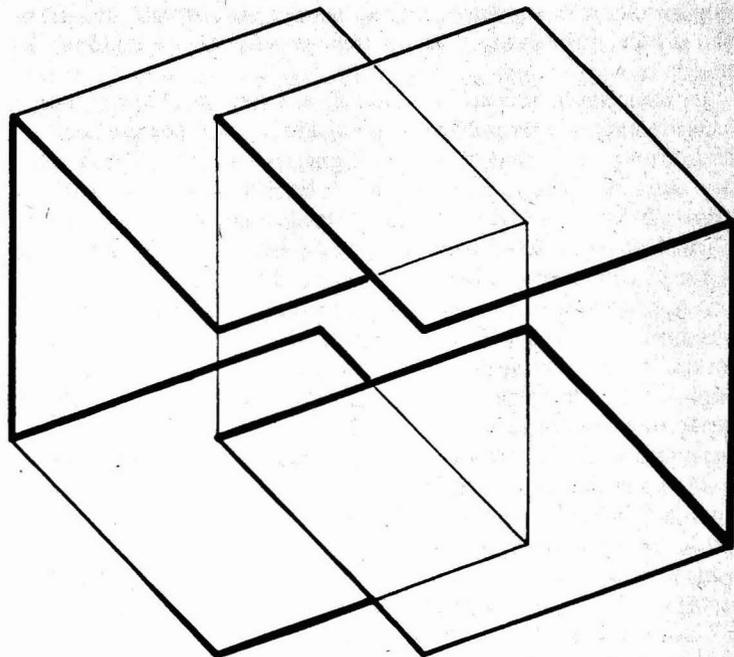
Es pertinente manifestar que al momento de la ocupación militar, ningún sector social adoptó una actitud decidida, siquiera de protesta. Ni aun el movimiento estudiantil que tanto alarde hizo, verbalmente, de lemas ultraizquierdistas, libró la batalla que era de esperarse. La imagen de la Universidad estaba tan ensombrecida que ni los sectores obreros ni las capas medias urbanas recibieron con la indignación (que en otras circunstancias se hubiera esperado) el hecho de la ocupación militar. Y las asociaciones profesionales, expresión consciente de la clase media, brindaron todo su apoyo al gobierno ante la medida "salvadora de la Universidad".

Y es que los hechos anteriormente expuestos habían conducido paulatinamente al desprestigio de la Institución y a un divisionismo y encono extremos. Surgieron campañas para desacreditar a personalidades que por mucho tiempo habían dado muestras de ser auténticos universitarios (identificados, además, con las luchas populares).

En la etapa última se lanzó la consigna de *destruir los centros de poder en la Universidad para abrirle paso al poder estudiantil*. Se trataba de destruir la fuerza personal de ciertos universitarios cuya trayectoria al servicio de la Universidad constituía una garantía para la vida de la misma. Cito, como ejemplo, el caso del médico Doctor Fabio Castillo, ex Rector y ex candidato a la Presidencia de la República por los partidos y sectores progresistas. Este profesional fue objeto de una campaña denigratoria a través de órganos de prensa y publicaciones universitarias. Se le imputó, nada menos, que ser agente de la CIA. La táctica, que se generalizó bastante, consistía en sembrar la confusión y la desconfianza.

Por lo escrito, es comprensible el alto grado de anarquía, atomización interna, confusionismo, proliferación de pugnas intestinas, debilitamiento de la comunidad universitaria, desprestigio de la Institución, a que se había llegado.

¿Significa lo anterior que la Universidad fue intervenida por los fenómenos negativos referidos? De ninguna manera. Por una parte, no puede ser un poder viciado hasta los tuétanos el que va a reparar, con el ánimo de corregir anomalías, instituciones como la Universidad. Por otra, hasta la gente del gobierno sabía que los

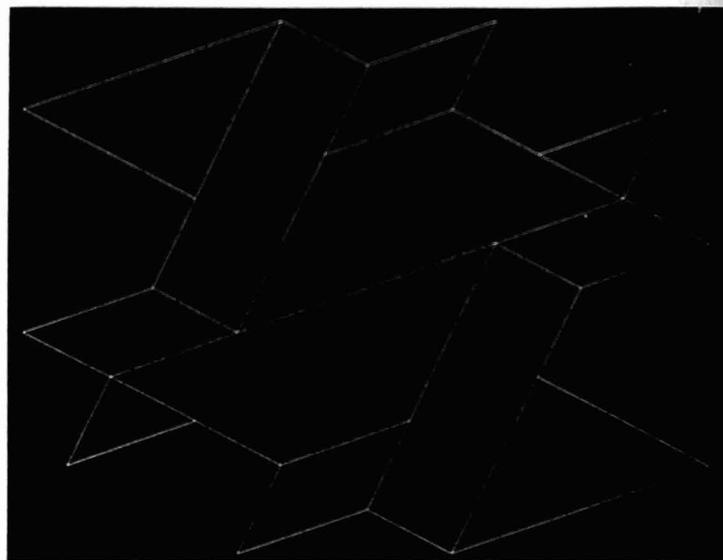
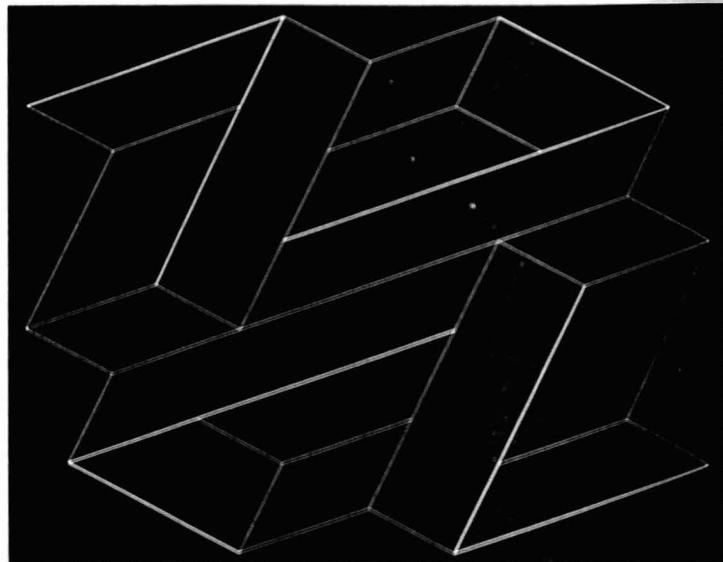


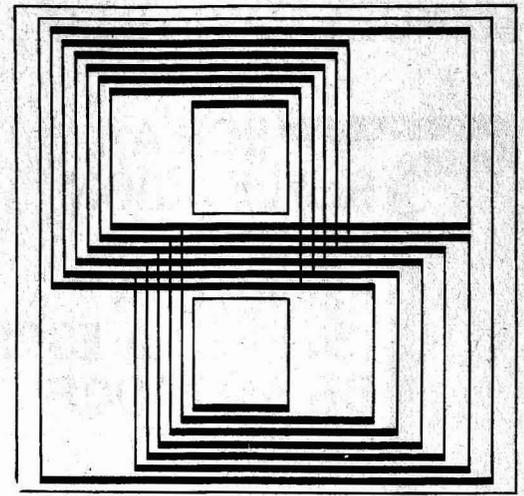
propios mecanismos universitarios permitirían superar una situación crítica, planificada y alimentada, precisamente por esferas del poder.

La razón de la ocupación militar de la Universidad se encuentra, exclusivamente, en la política universitaria seguida por los Rectores de los últimos periodos, apoyada por estudiantes y profesores. Muy particularmente, por la firme posición de identificación y apoyo pleno a las luchas de los sectores populares, que tanto los estudiantes como las autoridades, profesores y trabajadores, mejor dicho la Institución, adoptó a lo largo de los años sesenta. Las actitudes de la Universidad ante la problemática nacional, ante la persistente injusticia de un orden económico irracional, provocó siempre el disgusto de los centros de poder oligárquico-militar. La ejecución de sus planes y programas académicos jamás fueron del agrado de los grupos privilegiados, precisamente porque estaban encaminados a la consecución de un desarrollo económico y político independiente, al beneficio de los sectores más necesitados. La libre circulación de todas las ideas chocaba necesariamente con la mentalidad "colonial" de los grupos dominantes y usufructuarios, y con los esquemas de pensamiento castrense. Las relaciones de la Universidad y el Estado siempre se mantuvieron en una delicada tensión. Un Estado permanentemente represivo y violador de las garantías constitucionales más elementales, no podía tolerar con agrado la persistente crítica a sus métodos antidemocráticos, la constante exigencia de hacer realidad la democracia pregonada en las leyes y los documentos retóricos, la reiterada presión para impulsar una transformación en las obsoletas e irracionales estructuras económicas, la denuncia cotidiana de las arbitrariedades y desmanes del poder. . . Y la cadena se rompió en su eslabón más débil.

Pero no obstante, me parece de una claridad meridiana que si la comunidad universitaria no es debilitada, confundida, anarquizada por actitudes y esquemas ideológicos equivocadamente ultraizquierdistas; si las pugnas internas no minan la actividad de la Institución; si no se oscurece su imagen ante los ojos de la clase media y sectores populares; si su influencia en las masas del pueblo no es puesta en tela de juicio, los proyectos, desde mucho tiempo elaborados para intervenirla y cercenarle su autonomía, no se hubiesen llevado a la práctica.

Para concluir, considero pertinente tratar un punto importante, implícito en nuestro tema: el de las relaciones entre el poder público y la institución universitaria. El contenido de las relaciones entre la Universidad y el Estado responde a la naturaleza del régimen social y al comportamiento del poder político, ambos aspectos enfocados en concreto. Nos permite afirmar ciertas características particulares en el caso de El Salvador, y que, consecuentemente, no corresponden a otras realidades latinoamericanas. Sin embargo, creo que algunos aspectos de la experiencia salvadoreña





asumen valor general y pueden significar señales de peligro para otras Universidades, aún para aquellas de magnitud y calidad superiores a la pequeña institución universitaria salvadoreña. Los hechos de los últimos tiempos demuestran que procesos con ingredientes similares ocurren con alguna reiteración en América Latina.

En el caso salvadoreño, a la postre, hizo crisis la relación Universidad-Estado. La contradicción principal de la problemática universitaria salvadoreña, en los años previos a la ocupación, se manifestó en la contradicción entre la Universidad y el Estado oligárquico-militar, y se resolvió en la forma conocida. Desde luego, puede no ser ésta la situación de muchas otras Universidades. Pero es obligado subrayar la gran importancia que ha venido adquiriendo el problema de las relaciones entre el Estado y las Universidades. Y para que la Universidad latinoamericana no se vea orillada a funcionar al borde de la ocupación militar o bajo el control oficial (como en la experiencia latinoamericana se demuestra ya como un fenómeno bastante común) se impone, hoy más que nunca, una definición de fronteras en los campos de acción, acorde con las peculiaridades nacionales. La Universidad, en su proyección social, que lleva implícita una función crítica de las estructuras globales de la sociedad, tiene sus límites lógicos. Otros son los criterios aplicables a la militancia política de los universitarios, profesores, estudiantes o trabajadores. Y también otros son los patrones en que debe fundamentarse la estrategia y la táctica de los movimientos estudiantiles. Es sumamente importante el trabajo político que los movimientos estudiantiles están en posibilidad de realizar. Las experiencias de los años sesenta lo han demostrado. Pero para empeñarse en luchas serias sobre la base de un adecuado pertrechamiento teórico, organización solidaria, etcétera, pienso que no es indispensable arriesgar a la Universidad como institución, abocarla a una confrontación directa con el Estado. Claro está que sería caer en un plano utópico pensar que la Universidad estará así cubierta para siempre del asalto de la fuerza armada y garantizada la conservación de su autonomía. Los tiempos más bien presagian graves acontecimientos. Pero en todo caso, creo que es un deber del profesor, del dirigente político, del dirigente estudiantil, del universitario político en general, poner de su parte lo que a su alcance esté para preservar la vida autónoma de las Universidades. Desgraciadamente, en este caso cobra dramática realidad la frase popular de que las cosas no se aprecian sino hasta que se han perdido.

Si la Universidad latinoamericana es un factor de cambio social, como creo que lo es, ello se desprende de su genuina naturaleza, de su vocación tradicional, de la intrínseca esencia de sus tareas. La función docente, la asimilación y difusión de cultura, la investigación de la naturaleza y la sociedad y la proyección crítica —generadora de acción— de las estructuras económicas y de poder, contienen, en este momento histórico y en aquellos pocos

países de América Latina en que aún es respetada la autonomía universitaria, un enorme potencial de cambio, aunque sea más difícil de percibir que una confrontación abierta con el aparato estatal.

Otro es, como ya dijimos, el problema de la acción política de los universitarios, principalmente de los movimientos estudiantiles. Y es preciso reconocer que la cuestión se ha tornado más que delicada y difícil. Sólo la capacidad, la honestidad, la inteligencia y la responsabilidad, aunadas a una comprensión cabal de la significación del actuar de una institución como la Universidad, pueden constituir premisas de una orientación acertada en la práctica concreta. Sólo de esta manera, sin claudicaciones ni concesiones impropias de la juventud, de la lucha por superar el colonialismo y las dramáticas condiciones de nuestros pueblos y de nuestra época puede actuarse sin conducir a la Institución a los límites en que el riesgo se convierte en pérdida, en dolorosa realidad. Y, evidentemente, en esto no caben fórmulas ni recetas.

Nunca será insistir demasiado en la responsabilidad que tiene de estar pertrechado el dirigente estudiantil, la autoridad universitaria, el profesor, el trabajador universitario, para que sin menoscabo de la dignidad se cuide a la Institución, no se la arriesgue torpemente con el Estado. Son muy poderosas, variadas y sutiles las armas de los enemigos de la Universidad. La CIA, el Pentágono y todos los centros de poder del imperio, las empresas monopolistas transnacionales, grupos dominantes de cada país, ven en la Universidad una real fuente de amenaza a sus posiciones y privilegios. La contrainsurgencia extranjera no en balde tiene sus miras puestas en las Universidades. Y el riesgo es cada día más grave, como lo atestigua la vertiginosa historia contemporánea de América Latina.

Pienso que en la dirección apuntada deben interpretarse las palabras del Doctor Salvador Allende cuando afirmó que “la Revolución no pasa por la Universidad”. Y creo que la opinión del Doctor Pablo González Casanova tiene validez general para las Universidades latinoamericanas. “Hay un esquema que para mí es equivocado, el que proponen hombres que se dicen revolucionarios y progresistas: se cree que a las Universidades puede convertirse en los elementos básicos de la revolución, del proceso revolucionario en México; esquema que es muy coincidente con los intereses más contrarios, con las ideologías más reaccionarias que quieren acabar con la Universidad. Lo extraño es que mucha gente progresista, gente revolucionaria de la Universidad y de fuera de ella, esté repitiendo los mismos errores cometidos en América del Sur que llevaron a la clausura de las Universidades, los está repitiendo uno a uno y sin la menor imaginación política, llevando así a la clausura de las nuestras en forma que resulta absolutamente inadmisibles para cualquier hombre progresista, democrático, revolucionario. *Las Universidades pueden, pues, ser cerradas, pero que no sea con nuestra contribución activa.*”